

---

# ¿Un nuevo modelo de santidad para los laicos en América Latina?

---

Mario Gutiérrez, S.J.

---

En su retorno a las fuentes de la vida cristiana, principio fundamental de renovación (1), el Concilio Vaticano II ha reiterado el carácter universal del llamamiento a la santidad, entendida como sinónimo de caridad perfecta (2). La Iglesia ha querido con ello evitar el exclusivismo de un "estado de perfección", que dejaría por fuera a muchos de la preocupación por la búsqueda y sería monopolio de los religiosos (3), especie de aristocracia de la santidad y cristianos de primera clase (4).

La afirmación conciliar parte de la constatación de que Jesús, Maestro y Modelo de toda perfección predicó a todos y a cada uno de sus discípulos, de cualquier condición, la santidad de vida, que tiene en él su origen y consumación. Es una santidad que va en la línea de un amor totalizante de las fuerzas humanas y que excluye el servicio a otros señores. Santidad al estilo de Jesús, quien amó hasta el extremo; santidad de inmensos e ilimitados horizontes.

---

(1) Cf. Decreto "Perfectae caritatis" 2.

(2) Cf. Constitución "Lumen gentium" 40.

(3) Expresamente se quiso evitar el título "El estado de perfección" para el capítulo VI de la Constitución "Lumen gentium". Se le denominó: "Los religiosos".

(4) Los Pontífices inmediatamente anteriores al Concilio habían preparado el camino a esta afirmación de universalidad. La Constitución "Lumen gentium" en una nota al número 40 codifica los documentos de Pío XI y Pío XII al respecto.

Hemos querido introducir nuestra reflexión sobre el laicado en una vivencia comprometida de la santidad, con la afirmación del Vaticano II, para enmarcarla en este contexto de conspiración eclesial hacia metas de plenitud humana, dentro de un proyecto antropológico auténticamente cristiano. La vida laical es, por consiguiente, una de las maneras de tender hacia la perfección del amor.

Pretendemos, en una primera parte, centrar correctamente la vivencia de la santidad, mostrando a grandes rasgos los nuevos énfasis, a partir de una visión tradicional. Con este presupuesto la segunda parte de la reflexión procurará ofrecer sugerencias para la delimitación de un nuevo modelo de santidad, en el marco de una espiritualidad latinoamericana. Dentro de esta santidad nueva o santidad "política", encuadraremos, en la tercera parte, el laicado en sus elementos teológicos fundamentales.

Esperamos contribuir en algo a la mayor superación de la posible dicotomía entre oración y vida, entre vida laical y compromiso apostólico. Abrigamos la ilusión de que los laicos encuentren más y más el camino de la libertad para amar y de que brote con entusiasmo el deseo sincero de una santidad encarnada en nuestro mundo latinoamericano de no solidaridad, de injusticia, de creciente brecha entre ricos y pobres (5).

(5) Cf. Puebla 28.

(6) Cf. Puebla 777.

(7) Cf. Puebla 454.

Poco a poco nos acercamos a la realización del Sínodo sobre los laicos en octubre de 1987. La Iglesia indudablemente profundizará en esta oportunidad sobre su ser y el importante papel que ellos desempeñan en la construcción de la "Civilización del Amor". Se impone una toma de conciencia creciente de la necesidad de la presencia de los laicos en la tarea evangelizadora de la Iglesia, a través de un compromiso en la promoción de la justicia en nuestros pueblos (6).

## I. HACIA UN NUEVO MODELO DE SANTIDAD

### 1. *Constataciones y contrastes*

Es un hecho constatable que la santidad suscita por una parte admiración y adhesión, pero por otra es motivo de inquietudes y estupores. En los santos se compendia lo que más estima la persona humana, pero no deja de causar preplejidades en cierto desafecto hacia ellos, una indiferencia que en ciertos casos llega hasta el desaire y el desprecio.

Es hiriente el contraste entre la religiosidad popular y la actitud de los que reflexionan críticamente sobre la historia. Mientras en la piedad popular de nuestro continente los santos son venerados como protectores (7) y su culto valorado exageradamente, con detrimento del conocimiento de Jesucristo y su mis-

terio (8), en el mundo más diferenciado en su conciencia no parece darse esa estima, sino que más bien puede sospecharse la existencia de la santidad cristiana. También recae sobre los santos la sospecha de que pueden ser inhibidores del cambio a todo nivel, que requiere nuestra sociedad actual.

Si somos sinceramente autocríticos, constatamos que aun en el seno de nuestras comunidades religiosas, ya no se emprende con el entusiasmo de antaño la prosecución de un ideal de santidad, y éste a su vez, adquiere cierto tinte peyorativo y desmotivador. El desafecto hacia los santos y los ideales que encarnan ha entrado entre nosotros. ¿No será precisamente porque la santidad se nos presenta como un universal en el que todos tienen cabida, pero en el que es difícil encontrarse? Santidad es vista como una palabra abstracta y se prefiere hablar de santos concretos.

## 2. Un lenguaje religioso abstracto

Otro hecho que despierta añoranza de búsqueda es la misma significación del lenguaje de la santidad. Los términos adoptados permanecen en una región muy etérea y se esfuman como el humo del incienso.

Necesitamos una imaginación más fresca y creadora que nos conecte con la realidad de la vida humana. Es

preciso que expresiones como perfección, unión con Dios, cumplimiento de su voluntad, imitación de Cristo, ejercicio heroico de virtudes, etc., encuentren una traducción que responda a la problemática que nos interpela en el aquí y el ahora de nuestra vivencia cristiana. Por ser tan abstracta la terminología, la vivencia de la santidad, en la mayoría de los casos, se nos queda en buenos deseos.

## 3. Visión de los santos

La perspectiva tradicional en el enfoque de la vivencia de santidad ha tomado como punto de partida metodológico la persona de Dios tres veces Santo (cf. Is 6, 3), que llama a ser santos (cf. Mt 5, 48). Esta santidad de Dios es el punto de referencia indispensable para hablar de la santidad de las personas, lugares y cosas. "Santo", como nombre divino, es lo totalmente otro, lo que trasciende al hombre y al mundo. Al relacionar la santidad de personas, lugares y cosas con la santidad de Dios así comprendida, a nadie se le oculta el peligro de separar santidad y vida real. Esto suscita el temor y la reverencia en la actitud humana (cf. Is 6, 5). En consecuencia la santidad se interioriza, se hace algo privado, perteneciente a la intimidad.

Además de esta índole trascendente de la santidad, la visión tradi-

(8) Cf. *Puebla* 914. Una valoración que esconde el utilitarismo, según el cual se especializaba a cada santo en el remedio de una determinada necesidad. El mismo *Documento de Puebla* en el número 963 sintetiza así la acción pastoral a este respecto: "Presentar la devoción a María y a los Santos como la realización en ellos de la Pascua de Cristo y recordar que debe conducir a la vivencia de la Palabra y al testimonio de vida".

cional subraya el aspecto moral, en el sentido de una respuesta perfecta de fe a la presencia dinámica y conductora de Dios; una respuesta a la que había falta en el orden moral. Quizás en esta perspectiva se ha puesto más directamente la atención en el orden de la moralidad que en la misma vivencia teológica de fe, esperanza y amor, y todo lo que ella implica. Además se ha dado la primacía a ciertos aspectos morales sobre otros: fe intelectual, amor directo a Dios, oración contemplativa en completo retiro, huida del mundo, voluntad de Dios como pasividad histórica, pureza corporal, etcétera.

En este contexto se entendió el concepto de "virtud heroica", que ha servido desde antiguo para designar a la persona santa y se ha seguido en el procedimiento de las canonizaciones. Es una expresión que retrae a muchos de la búsqueda de la perfección.

#### 4. *Énfasis conciliares y posconciliares*

Ante la perspectiva tradicional de una santidad privada e individualista, el Concilio Vaticano II encuadró el tema de la santidad dentro de su visión eclesial de fondo. Indudablemente las afirmaciones del capítulo quinto de la Constitución "Lumen

gentium" (9), a las que nos hemos referido en nuestra introducción, constituyen un paso adelante. Era necesario enfatizar el aspecto comunitario de la participación de la vida divina.

Por consiguiente, sólo en una Iglesia santa se puede ser santo. La santidad es una dimensión eclesial. Por otra parte, si consideramos la presencia de la Iglesia en el mundo, otra de las líneas subrayadas por el Vaticano II (10), podemos pensar en que caen los planteamientos privatistas y evasionistas de la santidad y se abre el camino hacia una "mundanización" de la misma.

Hemos afirmado que el énfasis del Concilio Vaticano II en una santidad eclesial marcó el paso adelante. Ahora bien, no fue el punto de llegada. En efecto, ha correspondido a esta época posconciliar, que estamos viviendo, poner de relieve la centralidad de la cristología (11). Es Jesús, el Santo de Dios, quien se nos ofrece como ejemplo acabado de santidad; su específica espiritualidad nos señala un derrotero de vida. En él ha establecido bondadosamente su relación con nuestro mundo y esto nos está indicando caminos novedosos de una santidad encarnada y comprometida, que responda a la urgencia evangelizadora del momento.

- 
- (9) Cf. "Lumen gentium" 39-42. Algunos afirman que el lugar adecuado de este tratamiento conciliar sobre la santidad hubiese sido el capítulo II de la misma "Lumen gentium".
- (10) Cf. Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual ("Gaudium et spes").
- (11) No quiere decir esto que en el Concilio y antes se ignorara el aspecto cristológico, sino que lo que se pretende afirmar es el énfasis que el Posconcilio hace sobre Cristo y la santidad en la Iglesia.

La santidad cristiana consiste en el seguimiento de Jesús de Nazaret, quien vino al mundo, no para morir, sino para vivir, aunque esa vida le costase la muerte. La invitación y exigencia de Jesús a su seguimiento es la forma más radical de recuperar lo concreto de Jesús y hacer de ello origen y fundamento de toda vida cristiana. De hecho en lo concreto y escandaloso de Jesús se juega la verdad, la credibilidad y la relevancia salvífica de la fe cristiana. El seguimiento es ponerse como Jesús al servicio del reino, anunciando su cercanía y poniendo los signos de esa cercanía; es imitar a Jesús en lo que éste tiene de salvador; es proseguir en la historia la estructura fundamental de su vida: encarnación, misión, cruz y resurrección (12).

El Cristo "siempre mayor" es una personalidad inagotable. Es el mismo para todos, pero no puede ser agotado por nadie. Ninguno puede imponer dictatorialmente su manera de seguirlo. Esto da lugar al pluralismo en la santidad: en vivencias personales, en tiempos, en lugares y en problemáticas. Este pluralismo no hay que pasarlo por alto, so pena de caer en una estatificación y uniformidad. Con todo, no puede consistir en una escapatoria, para no escuchar las voces de los tiempos. Un santo que se

colocase de espaldas a las interpelaciones de Dios en cada momento, no lo sería auténticamente ni su testimonio sería creíble.

El énfasis cristológico tiene que afectar la concepción y vivencia de la santidad. Todo se sintetiza en el amor de Jesús, quintaesencia de sus hechos, de sus gestos y de sus palabras. Jesús no hizo otra cosa que amar, significar efectivamente al "Dios amor" (cf. 1 Jn 4, 8). La relación con este Cristo es irrenunciable para la santidad, si de veras pretende responder al aquí y al ahora de una llamada evangélica del mismo Jesús.

La Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Medellín 1968, retoma el énfasis eclesial universal de la santidad del Concilio Vaticano II (13), y, a propósito de los religiosos, la presenta como un signo de la Iglesia santa (14). En la Tercera Conferencia, Puebla 1979, se resalta el aspecto de una santidad comunitaria, vivida por la Iglesia, como pueblo mesiánico, peregrino y evangelizador, en entrega fecunda a los hombres y con la claridad de la coexistencia en su seno de la justicia y el pecado (15). La santidad del evangelizador, con sus notas características de misericordia, firmeza y paciencia en las tribulaciones y perse-

---

(12) Para el desarrollo de lo que se entiende actualmente por *seguimiento*, véase la excelente síntesis de Jon Sobrino, en *Conceptos fundamentales de Pastoral* (Madrid 1983) 936-943.

(13) Cf. *Religiosos* 1.

(14) Cf. *ibid.* 4.

(15) Cf. *Puebla* 250-253.

cuciones y la alegría de saberse ministro del Evangelio es una de las actitudes de la evangelización (16).

### 5. Para una integración entre oración y vida

La constatación del desafecto actual hacia los santos en amplios sectores de la sociedad, por reacción ante una visión tradicional de éstos, muy centrada en la separación de lo real y en un énfasis en lo interior y moralista, nos ha llevado a una descripción fenomenológica de los énfasis conciliares y posconciliares de la santidad: la vivencia eclesial, el seguimiento de Jesús y la comunicación del Evangelio. Podemos concluir que en este proceso es posible detectar el paso hacia un nuevo modelo de santidad, que responda a un mundo inquieto, no tanto por respuestas teóricas, sino anhelante de testimonios vivos y creíbles de cristianos responsables y conscientes de su misión y de su encarnación en el mundo.

Ahora bien, nos atrevemos a proponer que en este proceso de discernimiento, bajo la luz del Espíritu, existe una línea de fondo, que unifica la búsqueda sincera: el deseo sentido hondamente de una creciente integración o articulación entre oración y

acción, entre fe y vida, entre presencia ante Dios y presencia en el mundo. No se requiere proseguir el camino en una experiencia espiritual dolorosamente desarticulada por la dicotomía entre un cierto camino espiritual y la vida cotidiana con sus exigencias de compromiso. Se añora más o menos explícitamente la unidad de vida perdida (17).

## II. UN NUEVO MODELO DE SANTIDAD

La primera parte de nuestro aporte de reflexión nos ha servido de motivación sincera para la búsqueda de un nuevo modelo de santidad, que respete el pluralismo mencionado, pero que sea una respuesta adecuada a los desafíos que nos ofrece nuestra realidad concreta y un estímulo para hacer vida el seguimiento de Jesús en el seno de una Iglesia mesiánica, abierta a la plenitud de la esperanza (18).

Intentaremos en esta segunda parte presentar las líneas nucleares del nuevo modelo de santidad, en el contexto de una espiritualidad latinoamericana. Es claro que en un primer momento hemos de sintetizar algunas direcciones fundamentales de

(16) Cf. *ibid.* Cf. EN 76 y 80.

(17) Cf. Gutiérrez Gustavo, *Beber em su propio pozo. En el itinerario de un pueblo = CEP-54 (Lima 1983) 33-35; Boff Leonardo, Contemplativas in liberatione. De la espiritualidad de liberación a la práctica de liberación, en Christus (México) 529-530 (Dic. 1979-Ene 1980) 65.*

(18) En esta dirección se encamina el esfuerzo realizado por *Concilium* en su número 149 de 1979, bajo el título *Modelos de santidad.*

esa vivencia del Espíritu en nuestro contexto histórico y social (19).

### 1. *Una espiritualidad latinoamericana*

El Espíritu Santo continúa su acción animadora de todos los dinamismos de renovación del cristianismo. El es quien conduce a los seguidores de Jesús a renovarse de continuo, según la verdad del Evangelio. Esta fuerza del Espíritu, expresada en los diferentes contextos históricos y sociales del cristianismo, es la que produce en los cristianos lo que llamamos una "espiritualidad". Esta, pues, no puede independizarse de los dinamismos históricos, sociales y culturales del "lugar" en que ella se vive, pues a través de ellos se manifiesta el Espíritu, en la medida en que convergen con los valores del reino (20).

La espiritualidad debe comenzar por el reconocimiento de la realidad como tal y la correspondencia a las exigencias de un sí a dar la vida, en donde hay pecado y muerte. Esto está suponiendo una actitud práctica hacia la realidad; un obrar sobre ella para que dé más de sí, para que haya

más vida; un asumir la negatividad de la historia y ser fiel a ella, aun hasta el rechazo, la amenaza y el martirio.

A esta actitud de praxis se añade un talante esperanzado de la espiritualidad. Es la esperanza de la creación de ser liberada de la servidumbre y de la corrupción. Es una esperanza que va unida a la práctica del amor, como respuesta afectiva a la exigencia de plenitud de la misma creación. En esta vivencia del dinamismo del Espíritu vamos caminando hacia un nuevo cielo y una nueva tierra. Al operar sobre la realidad, tratando de darle vida surge el "más" de la realidad, al cual la espiritualidad cristiana ha de hacer justicia en esperanza activa. (21).

Con la anterior delimitación de lo que es una espiritualidad y sus presupuestos generales, la reflexión teológica latinoamericana indica sus peculiaridades y especificaciones. Estimo que es ineludible entre nosotros el "clamor de los pobres" (22) y que se han obrado profundas transformaciones sociales. Esto ha de llevar a la Iglesia a una creciente toma de con-

(19) Desborda el intento de nuestra reflexión el presentar el tratamiento a fondo de la espiritualidad latinoamericana. La literatura al respecto ya va siendo numerosa, como lo atestiguan algunos recuentos bibliográficos (cf. Gutiérrez, *Beber* 11-12, Sobrino Jon, *Espiritualidad y teología. A propósito del libro de Gustavo Gutiérrez "Beber en su propio pozo"*, en *Revista Latinoamericana de Teología* 1 (1984) 223-224. Sólo nos interesa resaltar las líneas claves, para delinear el contexto espiritual del nuevo modelo de santidad, tomando como base algunos de los autores representativos.

(20) Cf. Galilea Segundo. *El rostro latinoamericano de la espiritualidad. Las fuentes histórico-sociales de la espiritualidad*, en *Christus* (México) 529-530 (Dic. 1979-Ene. 1980) 69. Cf. Gutiérrez, *Beber* 59-63.

(21) Cf. Sobrino Jon. *Espiritualidad de Jesús y de la liberación*, en *Christus* (México) 529-530 (Dic. 1979-Ene. 1980) 59-63.

(22) Cf. *Medellín, Pobreza de la Iglesia* 2; *Puebla* 89.

ciencia de la necesidad de renovar su acción pastoral en el sentido de una reevangelización de los pobres y oprimidos y de una honda solidaridad con ellos y con su clamor de justicia, dejando de lado resquemores y rencillas intestinas, que impiden un compromiso de todos por la liberación integral. En la aflicción y angustia de los pobres se hace presente el Espíritu y desde allí nos interpela a todos. En ese mundo de los pobres se lleva a cabo el encuentro del pueblo cristiano con el Espíritu, a partir del cual se genera una mística auténtica de compromiso, vivida a través de grupos, movimientos apostólicos y comunidades.

No quiere decir que se trate de una espiritualidad circunscrita al lugar sociológico de los pobres. No excluye a nadie, es católica. Es la propia de todos los cristianos que se hacen cargo de la dramática situación latinoamericana y quieren responder a ella, optando preferentemente por los pobres e identificándose cada vez más con ellos y con el Cristo pobre (23). Ciertamente no se niega su raigambre evangélica y el hecho de ser una experiencia histórico-social del pueblo cristiano. Aparece claramente en la espiritualidad latinoamericana la revalorización del Jesús histórico, como inspirador de la experiencia cristiana y de las tareas históricas de la fe. En íntima unión con el seguimiento de Jesús de Nazaret, se resalta el sentido del pobre, como el lugar de la injusticia y del pecado

social y como un "lugar" bíblico en estrecha referencia a la misión evangelizadora y al reino de Dios de Jesús (cf. Lc 6,20-26; 4,16-19; 7,22s).

En esta visión general de la espiritualidad latinoamericana, la oración y la contemplación revisten sus propios matices, a partir del "lugar" de los pobres y del seguimiento de Jesús en nuestro contexto. Es una oración encarnada en la acción. Como oración liberadora recoge todo lo que es vida comprometida: luchas, errores cometidos, logros alcanzados; da gracias por los avances; pide en función de todo un caminar, por los que sufren y por los que hacen sufrir. En esta oración resuena la conflictividad del proceso de liberación y en ella se obra una confesión espontáneamente comunitaria de los pecados y una apertura de corazón hasta lo más íntimo. Es una oración que expresa la comunidad liberadora: hay escucha y comunicación mutuas en una apertura total. En la liturgia se inserta más y más la celebración de la vida compartida por todos. Finalmente, esta oración es un discernimiento sincero y claro de prácticas y actitudes, de acuerdo con los criterios del reino.

La vivencia espiritual latinoamericana indica el surgimiento de una manera histórica renovada de encarnación y actuación de la Iglesia; un modelo renovado de Iglesia. Iglesia católica, peregrina en América Latina, que quiere ser una Iglesia-en-el

---

(23) Cf. *Puebla* 1140.

pueblo, como el "lugar desde donde realiza su misión universal (24).

## 2. *Líneas nucleares del nuevo modelo de santidad*

A la espiritualidad latinoamericana, presentada en sus rasgos o notas esenciales, corresponde una manera muy peculiar de vivir el amor cristiano en toda su radical exigencia.

El cambio fundamental parte de una desprivatización de la santidad, de un salir de actitudes intimistas, para volcarse a la irrupción de Dios en el mundo, y particularmente en este mundo latinoamericano de tantas exigencias de solidaridad y justicia. Ciertamente es el paso de una santidad "monástica" a una santidad "política" o profética (25), que señala el fin de una época de comprensión de la santidad, muy centrada en la persona y no en la historia.

El nuevo modelo no exige la separación del mundo ni la conquista del poder mundano; exige la presencia profética en el mismo mundo para señalarle a éste, en nombre de Dios, la plenitud que le espera y que ha de animar su compromiso en el ahora de la historia, y para confrontar el límite de ésta con la fuerza de la utopía en el lapso de este tiempo intermedio de la actualidad (26).

Ha pasado de moda la concepción fatalista, según la cual Dios, en su plan inmutable, habría destinado a las personas a ser lo que son en un momento determinado de la historia, sin posibilidad de cambio en la línea de progreso. La manera de entender la prudencia, la paciencia y la obediencia no es hoy la de una resignación pasiva y alienante, que en tantas ocasiones se prestó para la manipulación de las personas.

El nuevo modelo de santo quiere resaltar a todas veras el amor, que hablando en cristiano es la única actitud correcta. Es el amor provocativo y estimulante de múltiples dimensiones; el amor que no evita los conflictos, sino que ve en ellos la ocasión de superación y crecimiento efectivos. Es el amor activo (agapé) y transformador, que se logra cuando volvemos a Cristo, como centro y criterio de santidad.

El nuevo modelo es el de los santos militantes, que luchan no sólo contra sus propias pasiones, sino también contra todo lo que es injusticia, explotación y destrucción de la comunidad. Es una manera que hace emerger las virtudes de solidaridad, participación en las decisiones comunitarias, superación de odios, capacidad de ver más allá de inmediatismos, hacia la construcción de una sociedad futura. Es una nueva ascesis con

(24) Para esta síntesis hemos tomado elementos de Galilea, *El rostro* 70-72; Boff, *Contemplativas* 67.

(25) Es el tema desarrollado por Claudio Leonardi en su artículo *De la santidad "monástica" a la santidad "política"*, en *Concilium* 149 (1979) 378-389.

(26) Cf. Leonardi, *de la santidad* 389.

exigencias y renunciadas, para mantenerse dentro del espíritu de las bienaventuranzas.

Santos profetas, asistidos por el Espíritu de Jesús, que valientemente se enfrentan en denuncia con los poderes de este mundo, en favor de los hombres pisoteados en su dignidad. Se arriesgan a la persecución, a la cárcel, a la tortura y a la muerte. Son los que poseen la paciencia histórica, que no es resignación pasiva, de seguir el paso lento de su gente. Confían en su pueblo, en su valor, en su capacidad de lucha. Creen en la fuerza del Espíritu que actúa en él. Son los santos contemplativos de la historia, los que descubren en ella la acción del Señor. Son los que pagan el precio de la liberación, los que asumen evangélicamente la muerte y resurrección, necesariamente incluidas en su compromiso. Son los mártires de hoy, los de nuestra América Latina (27).

Esta nueva manera de santidad no se queda, pues, ni en un individualismo ni en una intimidad ni en una insistencia marcadamente moralista de la santidad. Incorpora los énfasis eclesial, cristológico y evangelizador, dentro de una espiritualidad de rasgos claramente definidos en el contexto latinoamericano. La heroicidad de

las virtudes adquiere dimensiones nuevas y muy encarnadas.

El documento de Puebla 79, en el apartado de la verdad sobre el hombre y el hablar de la libertad, don y tarea y realización de la dignidad humana, nos ofrece una síntesis bien lograda de los rasgos fundamentales que caracterizan el nuevo modelo de santos, hoy en nuestra situación concreta:

*“El amor de Dios que nos dignifica radicalmente, se vuelve por necesidad comunión de amor con los demás hombres y participación fraterna; para nosotros, hoy, debe volverse, principalmente obra de justicia para los oprimidos, esfuerzo de liberación para quienes más la necesitan. En efecto, ‘nadie puede amar a Dios, a quien no ve, si no ama al hermano a quien ve’ (1 Jn 4, 20). Con todo, la comunión y participación verdaderas sólo pueden existir en esta vida proyectadas sobre el plano muy concreto de las realidades temporales, de modo que el dominio, uso y transformación de los bienes de la tierra; de la cultura, de la ciencia y de la técnica, vayan realizándose en un justo y fraternal señorío del hombre sobre el mundo, teniendo en cuenta el respeto de la ecología.*

(27) Cf. Boff, *Contemplativus* 67 s. Al presentar este nuevo modelo de santidad, tan propio de nuestra vivencia cristiana en América Latina me parece verlo encarnado en la recia personalidad de monseñor Oscar Arnulfo Romero. He escuchado las principales homilias de sus dos últimos años, grabadas en cinta magnetofónica, y he comprobado el carácter genuinamente evangélico de su predicación: un anuncio claro e íntegro y una denuncia valiente y sin acepción de personas. Con toda razón el pueblo lo considera como un auténtico santo de la América Latina de nuestros días.

*El Evangelio nos debe enseñar que, ante las realidades que vivimos, no se puede hoy en América Latina amar de veras al hermano y por lo tanto a Dios, sin comprometerse a nivel personal y en muchos casos, incluso, a nivel de estructuras, con el servicio y la promoción de los grupos humanos y de los estratos sociales más desposeídos y humillados, con todas las consecuencias que se siguen en el plano de esas realidades temporales” (28).*

### **III. EL LAICADO DENTRO DEL NUEVO MODELO DE SANTIDAD**

La espiritualidad del laico es una realidad, que se configura en el camino concreto en que Dios llama a cada uno a vivir el cristianismo. El laico es convocado para encarnar su vida cristiana en la existencia de todos los días. Esta lo coloca en el centro de las esperanzas y de las tensiones de la vida de los hombres y de las estructuras de la sociedad. Es un seguimiento en la realidad cotidiana del hombre y en confrontación con ella.

En lógica consecuencia la especificidad de la vivencia laical cristiana implica una integración de la palabra de Dios en la historia de los hombres con las expresiones eclesiales de fe y las esperanzas de la sociedad.

El nuevo modelo de santidad, que

hemos delineado en la parte anterior de nuestra reflexión, afecta sin duda y muy de raíz la vivencia del laicado cristiano.

En el presente apartado nos proponemos mostrar las implicaciones profundas de esa nueva manera de ser santos, en referencia a algunos de los elementos principales de la teología laical.

Se trata de ir explicitando cada vez más la identidad del laico, su puesto en la Iglesia y su aportación a la construcción del mundo más justo y humano, en la edificación del reino de Dios.

#### *1. Identidad dentro de la Iglesia, pueblo de Dios*

El laico pertenece vertebralmente a la Iglesia entendida en su globalidad, como “pueblo de Dios” (29). De ninguna manera puede concebirse como alguien al margen de una Iglesia entendida dentro de una visión casi exclusivamente jerárquica. Los laicos son Iglesia, llevan consigo toda la vitalidad, el dinamismo y la responsabilidad apostólica de ella, por la misión recibida inicialmente en el bautismo.

Uno de los avances de la posición del Vaticano II sobre los laicos radica precisamente en la superación de la discriminación antieclesial de dos géneros de cristianos: los clérigos y

(28) *Puebla* 327. El subrayado es nuestro. 54.

(29) Véase todo el capítulo II de la Constitución “Lumen Gentium”.

los monjes, por una parte, y por otra los laicos; los primeros, consagrados a las cosas de Dios; los segundos, a las puramente humanas. También se ha dejado de lejos la mentalidad de que a los laicos no les correspondía ninguna función activa en la Iglesia.

Dentro de esta justa reivindicación, que debe colaborar a la superación del clericalismo remanente, aparece en todo su vigor la espiritualidad del laico cristiano. No es, ni mucho menos, una simple concesión reductiva a la debilidad humana. Los laicos cristianos han recibido, pues, una llamada de Dios en Cristo, en la Iglesia. Son "linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz" (1 P 2,9).

Lo que es específico de su espiritualidad no es un motivo para separarlos del resto de la Iglesia, sino más bien define lo que tienen en común con el cuerpo eclesial entero, que es "sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (30). El pueblo elegido de Dios es uno (31); la acción edificadora del cuerpo

de Cristo es común a todos los fieles (32). Los laicos están "congregados en el pueblo de Dios e integrados en el único Cuerpo de Cristo bajo una sola Cabeza" (33), y su tarea es "la misión de todo el pueblo cristiano" (34).

Dentro de este punto de partida contextual, el laico cristiano vive su inserción de acuerdo al nuevo modelo de santidad. Su pertenencia a un pueblo peregrino no lo lleva a una evasión o huida de la realidad de injusticia, de irrespeto al hombre, de opresión y de marginación crecientes. Por el contrario acepta los desafíos, que comporta para toda la Iglesia el servicio del mundo y de los hombres, siendo fermento, testimonio y signo de Dios amor en la realidad de múltiple egoísmo.

## 2. *Entrega y seguimiento del Cristo que llama y envía*

El Concilio Vaticano II ha sido muy claro en presentar la secularidad, como la especificidad de la vocación y misión del laico (35). Este ha de construir el reino de Dios, ocupándose de los asuntos temporales y ordenándolos según Dios (36). El aspecto secular de la vocación laical se encuen-

(30) Constitución "Lumen Gentium" 1.

(31) Cf *ibid.* 32.

(32) Cf *ibid.*

(33) Cf *ibid.* 33.

(34) Cf *ibid.* 31.

(35) Cf Constitución "Lumen gentium" 31, 2.

(36) Cf *ibid.*

tra en la "Lumen gentium", purificado de todo sentido peyorativo y de minusvaloración, y se pretende subrayar el aspecto de encarnación.

No se intenta describir la vocación y misión laicales en la perspectiva de un dualismo sagrado-profano. El laico debe partir, para su vivencia cristiana y eclesial, de la propia situación existencial en las circunstancias normales de la vida familiar, social, cultural, política, etc.

El bautismo no libera al laico de sus tareas específicamente seculares, sino que consagra esa misma secularidad y confiere una participación efectiva en las funciones de Jesús, en la unidad del proyecto salvífico de Cristo (37).

El laico posee el sacerdocio común de los fieles, que es participación del de Cristo en una Iglesia sacerdotal. Por él todos los aspectos de su vida laical constituyen un auténtico "culto espiritual" de ofrenda a Dios por Jesucristo. Participa del poder profético de Cristo y es testigo y anunciador de la Palabra en medio del mundo. Con una libertad liberada de egoísmos, coopera con Cristo en la liberación de lo creado, como un servicio al mundo dominado por la injusticia. Es la ocasión de hacer relucir los auténticos valores humanos, iluminados con la luz de Cristo y de su Evangelio.

La vivencia del laico cristiano se entiende dentro de un seguimiento

radical de Jesús, cuya persona fascina y apasiona. Es un amor esencial, no reductivamente afectivo. Debe llegar a la posesión de los sentimientos de Cristo (cf Flp 2,5) y a la total disponibilidad en servicio del reino de Dios.

En la especificidad de la vocación laical cristiana (secular y bautismal) encaja muy bien el nuevo modelo de santidad "política" o profética, tal como lo hemos considerado antes.

### *3. Testimonio de esperanza activa en el Espíritu*

El laico cristiano ha de dar razón de su esperanza (cf 1 P 3, 15) en medio del mundo en que vive, para lanzarlo hacia el futuro con optimismo. La dimensión escatológica de la vocación cristiana no es de ninguna manera una evasión hacia la trascendencia, sino que lo definitivo se hace presente, haciendo presente el amor. Así la vida laical cristiana testimonia al Dios trascendente, en la medida en que hace presente y genera "mayor" amor.

Los laicos son testigos de la trascendencia, cuando viven ya en esta historia la transformación de la resurrección, con la libertad para el servicio, asumido con su dimensión de cruz. Cuanto más en radicalidad vivan su seguimiento de Jesús, tanto mayor será su testimonio de la plenitud, cuando "Dios sea todo en todos" (1 Co 15, 28).

(37) Cf Puebla 797.

---

¿Esta tensión escatológica, vivida en el presente histórico, no es la que de mantenernos en la vivencia profética de la santidad, descrita como nuevo modelo de vivir la caridad perfecta? Sin duda la lucha por una liberación integral es un testimonio efectivo del Dios de la esperanza.

La guía y animación del Espíritu, incesantemente enviado por el Padre y el Hijo, es insustituible en esta vivencia de esperanza. El es el hecho interior: actúa en el cristiano, lo mueve, le ofrece el dinamismo y lo santifica. En la acogida y apertura a El, el laico realizará los necesarios discernimientos para la construcción del Reino, de acuerdo a los diferentes carismas recibidos.

En este rápido recuento de las

notas fundamentales de la espiritualidad laical y sus implicaciones proféticas constatamos que el sacerdocio común, vivido en secularidad, ofrece un camino adecuado para armonizar la vida en la unidad de fe y acción misionera, en la relación vital de libertad y amor.

“Libres para amar” es la síntesis de todo un programa de santidad “política”. El mundo latinoamericano necesita laicos que de veras se liberen a sí mismos de todo cuanto impide la totalidad de la entrega, y siguiendo a Jesús generen amor y liberación para todos, especialmente para los más necesitados. Así nos acercaremos un poco a la utopía de una civilización cristiana nueva, de amor, de paz y de vida.